



Año I

Madrid 17 de Junio de 1897.

Núm. 9.º



Luis Margazán



JUICIO CRÍTICO

de la corrida de toros, duodécima de abono, celebrada en la plaza de Madrid el día 13 de Junio de 1897 á las cinco de la tarde.

¡Caramba! Que con un calor de 38 grados á la sombra, es una inhumanidad obligar á cualquier madrileño, por grande que sea su afición á la fiesta taurina, á presenciársela impávido, sin temor á congestiones y tabardillos; y si



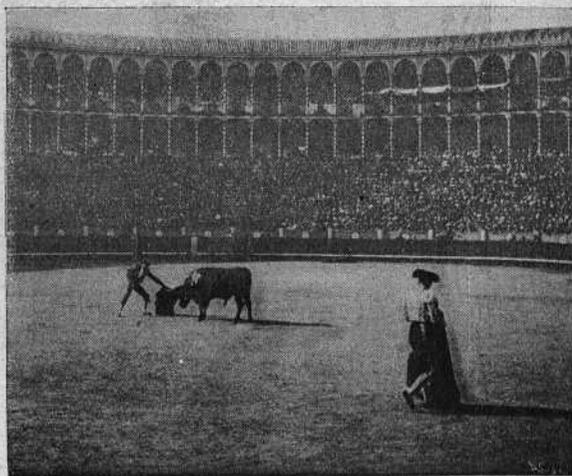
esa obligación se refiere á los meritisimos *revisteros*, que tienen precisión de apuntar, uno tras otro, todos los incidentes de la lidia y escribirlos al mismo tiempo, para que sean trasladadas las cuartillas, en el acto, á la imprenta, sin siquiera repasarlas ni encontrar ocasión de descanso para limpiarse el sudor, no hay oro con que pagarlos. Al fin los *críticos*, si no pueden apartar la vista del redondel porque su trabajo de examen atiende á la conservación de los principios reconocidos como verdaderos por la experiencia, tomando por base el análisis y la conciencia del valor, de la estética y del buen gusto, para señalar bellezas y defectos, y fallar sobre su mérito, rindiendo culto á la verdad, hállese donde quiera, pueden tomar en su mano un abanico, beber un refresco, comunicarse impresiones y hasta sostener polémicas con sus *adláteres*, sobre aquello que están viendo; si es que el calor no asfixia al que se sofoca, que hay algunos á quienes sucede eso, aun en invierno; de tal modo se apasionan y ensoberbecen.

Resignémonos y prestemos nuestra conformidad á las disposiciones de Febo, de Bartolo y de las autoridades: han de mandar á su gusto en nuestro bolsillo y en nuestro fisico, y no nos queda más consuelo que el de decir «á mal dar, tomar tabaco».

Por fortuna, las nubes oyeron nuestras quejas y se extendieron como un paño gris, ahuyentando al sol, desde las dos de la tarde; y aunque vertieron algunas lágrimas, nos permitieron ver la corrida relativamente frescos, y... en familia, sin apreturas.

Pudo ser buena, y no lo fué, la función, por la mala lidia que se dió al ganado, toreándole siempre al revés, con ventajas de mala ley,

y con precauciones extremadas. Aquí, en cuanto se ven toros de edad reglamentaria, grandes y de facultades, todo se vuelve timidez y encogimiento: ya se ve, acostumbrada la torería moderna á la lidia de cuatrenos de ganaderías conocidas por su nobleza, asústase á la presencia de toros de verdad; y los lidiadores que no pueden esquivar habérselas con ellos, como hacen los de más tronío, atienden sólo á la conservación de la persona, y á echar la corrida fuera. Con lo dicho habrán comprendido nuestros lectores cuáles fueron las condiciones de los toros de Barriónuevo, bien criados, algunos con tendencias á la fuga, y como casi todos los de Gómez, de Colmenar, de cuya vacada son oriundos, en defensa desde el segundo tercio, y con el hocico por el suelo en el último. Sólo el quinto fué un buen toro, bravo, noble y codicioso. Tardando en acudir donde debían, yendo por el camino más largo y terciándose en la suerte, los picadores demostraron tener pocas ganas de trabajar y una excesiva prudencia, sin que dos ó tres buenas varas del *Chano* y de Cirilo les excluya de nuestra censura.



Cuanto á los banderilleros, entrando todos y saliendo el que pueda, aguardamos á verles otro día en que no llueva, para decirles con toda franqueza, que si no han de mostrar más valor, más vergüenza torera, que en todas partes se llama pundonor, aléjense del ruedo en que tanto brillaron Pablo, Armilla y otros que ellos han conocido y de quienes han debido aprender, márchense á ocultar sus defectos á poblaciones de tercer orden, que allí pueden correr, á modo de capea, á diestro y siniestro, y clavar las banderillas siempre á media vuelta, sin ellos entrar como deben en la jurisdicción de las reses, cuando éstas no quieren entrar. Los matadores que consienten en sus cuadrillas tales *maulas*, no son acreedores á que con ellos se tenga consideración alguna, que el público se aburra viendo que para poner de mala manera los palos se ocupan diez hombres y se emplean diez minutos, y ellos, los espadas, se encuentran al ir á matar con las reses descompuestas y una turba de danzantes á su alrededor que más estorban que ayudan.

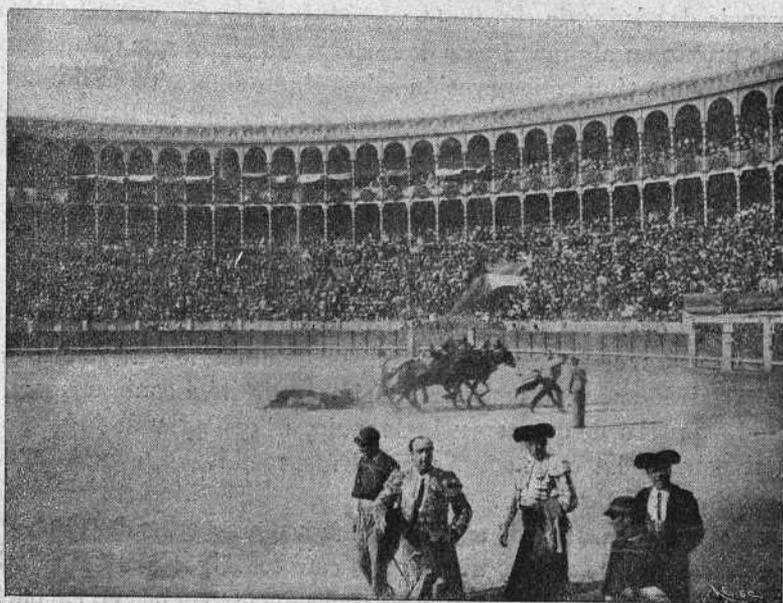


A Mazzantini, por efecto de esa malaldia, llegó su primer toro en defensa, sin poderle alzar la cabeza con algunos pases, en su mayoría buenos al objeto, y tuvo que irse á él á *paso de banderillas*, pinchando dos veces de cerca: aprovechando luego, entró con decisión á *volapié*, logrando una estocada grande, con un poco de inclinación, pero alta. En su segundo, tras de pocos y apresurados pases, dió un pinchazo en la cruz casi á un tiempo, y luego, con cambio de terrenos, un buen *volapié*, que por estar algo tendido tuvo necesidad de

rematar con un brillante descabello á pulso y al primer intento. Bien en quites, algo apático y tolerante en la recepción del ruedo, influido sin duda por el mal tiempo y tener que torear descalzo como otros, para no escurrirse en el barrizal. Hizo bien acompañando á Fuentes á pedir la suspensión de la corrida antes de lidiarse el sexto toro que este chico debía matar; pero también obró el Presidente con cordura al denegar lo.

De Bonarillo sólo diremos que es una mezcla de indecisión y valentía, de querer y no querer, de saber y de ignorar, que no es posible alcanzar de él nada bueno, sino por causalidad que, si se presenta, no la rehuye. Mató mal su primer toro, porque *arrancando* desde cerca dió un golletazo echándose fuera y volviendo la cara: tres pinchazos á *paso de banderillas*, una estocada *arrancando* regular y un descabello al segundo intento acabaron con el quinto. ¡Lástima de toro! ¡qué buenas condiciones tenia para ser recibido! Hizo el buen Bonal, descalzo y en mal terreno, un quite superior y arriesgado al picador Carriles en el toro tercero de la tarde.

Fuentes, trabajador y activo toda la tarde, puso en evidencia sus conocimientos y buena escuela, y también su timidez al entrar á matar. A su primero lo trasteó con tanta inteligencia y tan buen arte, que de un toro muy quedado, hizo un codicioso que acudía bien, y le remató con un magnífico *volapié*, que le salió bien gracias á la rapidez con que entró, porque no debió hacerlo estando el bicho como estaba con la cabeza humillada. Le disculpamos en su segundo, atendiendo á que lloviendo tenazmente, convertida la plaza en un barrizal y entrando por precisión y con timidez á herir á *volapié* en las tablas, donde la querencia es tan marcada como entre los toriles y la puerta de caballos, harto hizo con no escurrirse y pinchar alto; que en esas circunstancias los golletazos están indicados, sin desdoro para el matador.



Si la presidencia, encomendada al Sr. D. Manuel Fernández de la Vega, ha multado al encargado de las mulas de arrastre por haber sacado del ruedo á un toro antes que un caballo, y al puntillero Jaro por matar traidoramente desde la barrera al sexto bicho, diremos que estuvo bien, aunque pesada. Si no... NO.

J. SÁNCHEZ DE NEIRA.

(Madrid.—Instantáneas por la *Fotografía Compañy* de la corrida celebrada el 3 del actual, expresamente para SOL Y SOMBRA.)

Una lección provechosa.

I

A la fogosidad de los diez y seis ó diez y siete años que yo tenía entonces le chocaba á aquel señor tan grave y serio que no dejaba un solo día de ocupar la barrera del 5, contigua á la mía, sin que una sola vez arrancara una protesta de sus labios la más torpe de las faltas de los lidiadores.

Las primeras veces que me fijé en su reserva le creí uno de tantos como van de vez en cuando á la plaza, sin más interés que el de gozar de lo animado del espectáculo, y aun cuando encuentran complacencia en admirar gallardías y rasgos de valor, sin razonarlos del todo, en el fondo lo mismo les dá que una estocada esté más alta ó más baja, que un matador se *estreche* ó se *escupa* al consumir una suerte, ó que un picador, peón ó banderillero, haga ó no las cosas á la perfección.

Pero su asiduidad por un lado, y por otro la fijeza y atención con que seguía todos los incidentes de las corridas, á las que llegaba siempre antes de salir las cuadrillas, sin levantarse de su asiento hasta haber visto arrastrar el último toro, no tardaron en hacerme comprender que mi vecino era un aficionado de los buenos.

Esto tenía su comprobación, en que si así como dije nada de lo malo que hicieran los lidiadores le sacaba de su reserva, cuando una suerte se consumaba á toda ley, cuando un torero daba muestras de unir el valor al arte, todo en él era animación y complacencia y aplaudir con un entusiasmo que podría tenerse por muy superior á su edad.

Porque mi vecino, á pesar de ser esbelto y de complexión robusta como un mozo, á pesar de vestir con una correcta aunque severa elegancia, no podía ocultar que muy pasados contaba ya los sesenta de sus bien llevados otoños.

II

Al cabo de cierto tiempo, por mucha que fuese la distancia que entre mi vecino y yo ponía la diferencia de edades, la constante vecindad estableció entre nosotros una fácil amistad, traducida por de pronto en algunas frases de cortesía, en algún que otro cigarro cambiado y hasta en ocasiones por alguna tímida observación sobre algún detalle de la lidia.

Por fin, una tarde en que los desaciertos de uno de los entonces más populares espadas habían desatado todas mis fogosidades é indignación, me sorprendió de tal modo la impasibilidad de mi vecino, contrastada con la agitación del público en masa, que olvidando todo respeto no pude menos de volverme á él para preguntarle en un tono en que á mi pesar no debía haber poco de impertinencia y de descortesía:

—¿Pero á V. no le exaspera eso que estamos viendo?

Después de hecha tal pregunta, la verdad, cayendo en la cuenta de mi osadía, me temí que aquel señor tan correcto y fino me impusiera el digno castigo con una frase dura y seca; pero lejos de ello, mirándome con benévola sonrisa, se limitó á contestarme:

—La prueba de que repruebo lo malo, es que aplaudo lo bueno. Sin embargo, amigo mío, la experiencia me ha enseñado á reprimirme, recibiendo, cuando todavía era muy joven, una lección que no he olvidado nunca.

Y como una mirada de extrañeza mía le diera á entender que no le comprendía del todo, añadió:

—Si esta noche me honra tomando café conmigo en La Iberia, le espero después de comer y le contaré un episodio histórico que V. seguramente conoce en su parte principal, pero que tiene su epílogo de todos ignorado.

Picada mi curiosidad, y obligado por su cortesía, acepté el convite y confieso que con impaciencia esperé el momento de la cita.

III

Cuando á cosa de las nueve y media, sentados en una mesa del para mí inolvidable café de la Carrera de San Jerónimo, hubimos saboreado nuestra taza del más ó menos auténtico moka y nos fumábamos un excelente veguero, mi nuevo amigo me empezó á hablar así:

—Aunque no abrigo la pretensión de parecer joven, tengo algunos años más de los que represento, y como mi empedernida afición á los toros data desde los tiempos en que contaba menos edad

aún que la que V. tiene ahora, tuve la desgracia de presenciara una tragedia taurina que á V. le parecerá ahora cosa remotísima y que yo, sin embargo, recuerdo con más precisión que las desdichadas faenas que hemos visto esta tarde.

Me refiero á la muerte del famoso espada Curro Guillén, que como V. sabe perfectamente ocurrió en la plaza de Ronda el 20 de Mayo de 1820.

Las pasiones entre los aficionados estaban entonces doblemente exaltadas, porque política y tauromaquia dividía á todo el mundo en opuestas y encarnizadas banderías.

Negros y blancos, ó sea liberales y absolutistas, se odiaban entre sí, y con no menos saña se miraban, atendiendo sólo al arte de lidiar toros los afiliados á las escuelas rondeña y sevillana.

Curro Guillén, cuyas gallardías y guapezas le habían colocado en una línea muy superior á todos los diestros que entonces estaban en plenas facultades, era no sólo liberal, sino el genuino representante del toreo movido y de adorno que había tenido por creador al tan valeroso y no menos desgraciado *Pepe Illo*.

Tales cualidades bastaban para que un grupo, por cierto poco numeroso en Ronda, que por cuna de Pedro Romero se preciaba de adoradora del toreo que se llamaba «serio», y por no ser de las poblaciones andaluzas más afectas al régimen constitucional tenía poco amor á los entonces llamados «patriotas», fuera manifestante hostil al que se había hecho el ídolo de las más renombradas plazas.

La desdichada tarde del 20 de Mayo, capitaneando las turbas hostiles al valiente y reputado torero, estaba en uno de los tendidos un individuo muy conocido en Ronda por su carácter levantisco y arrebatado.

Curro, que con su toreo lucidísimo había conquistado á la parte imparcial de los espectadores, tenía exasperados á sus enemigos.

Los elegantes pases que acababa de dar á un toro de Cabrera que le tocaba matar, acababan de excitarlos, y cuando más en silencio estaba la plaza, la voz de Manfredi gritó al diestro:

—El que no recibe un toro de esas condiciones, ni es torero, ni lo ha sido nunca.

Guillén alzó la cabeza, conoció al que tales voces daba, y aunque no era su especialidad la suerte de recibir, miró al tendido como respondiendo al reto y con los piés clavados en el suelo citó al toro.

Lo demás lo sabe V. Una tremenda cornada en el pecho hizo inútil el esfuerzo y el arrojó de Juan León, que por salvar á su maestro se arrojó á los cuernos.

Curro Guillén espiró en la misma arena, y produciéndose pasado el primer momento de espanto una reacción en contra de los adversarios del gran torero, Manfredi tuvo que abandonar la plaza para no pasarlo mal.

Después, lo que pocos saben, es que el que por su arrebató y su pasión había sido causa ocasional de la tremenda catástrofe, cayó en tal acceso de melancolía, que á los pocos años, perdida la razón, dejaba de existir.

IV

Cuando mi compañero de tendido acabó de narrar aquel trozo de historia, hizo una pausa.

Después de ella, añadió:

—Aunque yo era entonces literalmente un niño, tal episodio me sirvió de lección; y por más que ni nada ni nadie me ha hecho perder mi afición á los toros, aunque no ha sido aquella la sola tragedia que en mi larga vida he presenciado, jamás me he atrevido á increpar á un diestro, ni á excitarle á que haga otra cosa que lo que su conciencia ó su saber le dicte.

Bien sé que si todos hicieran lo que yo, tal vez acabara el estímulo; pero sin aprobar ni censurar á los que de otro modo proceden, á ellos les dejo hacer lo que yo nunca haré.

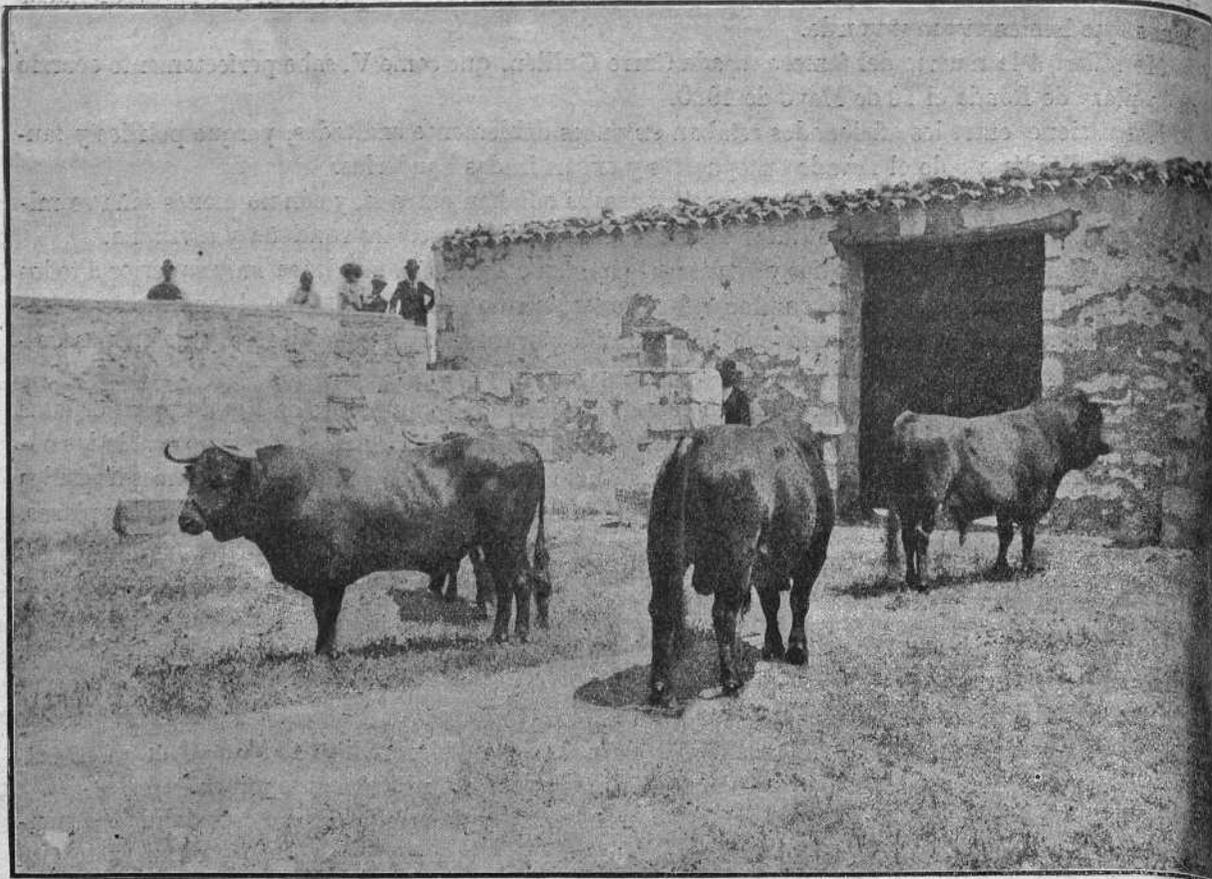
Y como ya se había hecho tarde, nos separamos.

A las pocas corridas dejé de ver á mi simpático y correcto amigo.

Probablemente su inveterada afición había terminado con su vida, pues desde entonces jamás le encontré en parte alguna.

Confieso que mi temperamento arrebatado no me ha permitido siempre imitar su conducta; pero tampoco oculto que todavía, después de muchos años, cuando me indigna la faena de algún torero hasta el punto de manifestar de modo ostensible mi enojo, el recuerdo del respetable anciano y de la historia que me contó en el café de La Iberia vienen enseguida á atemperar mis ímpetus.

ANGEL R. CHAVES.



(Instantánea remitida por D. Domingo López Muñoz, expresamente para SOL Y SOMBRA.)

CONTESTACIÓN

Al Sr. D. Luis Carmena y Millán.

Mi siempre querido amigo: Si la memoria no se le hubiese á V. ido en esta ocasión, recordaría que en el número 33 de *La Lidia*, correspondiente al día 27 de Noviembre de 1892, está contestada la pregunta que me dirige en su carta inserta en SOL Y SOMBRA del 10 del actual, y se hubiera evitado poner en tortura su imaginación por saber lo que ya sabía desde hace cerca de cinco años. ¿A qué repetirlo?

Únicamente añadiré: que *prontitud*, no es *aceleramiento*, ni *rapidez*, y mucho menos *velocidad*; y que, siendo el «paso» el espacio que se adelanta de un pié á otro, *andando*, un hombre que conserve el cuerpo en la misma situación que si tuviera una pierna atada á un poste fijo, aunque tenga libre la otra, no podrá *dar un paso*, sucediéndole, á medias, lo que á los reclutas cuando aprenden á *marcar* el paso militar, que situados en el terreno que puede ocupar una baldosa, ni *andan* adelante, ni hay medio de que por irse atrás caigan en pozo alguno. Conservan su terreno.

De V. siempre afectísimo amigo,

J. SÁNCHEZ DE NEIRA.

Significados.

—Compare, que cá día se sabe una cosa nueva, y á lo más mejó s'acuesta osté una miaja cur-dófilo, és un suponemos, y s'alevanta osté convertío en bajo de ópera con una vos pintipará pa pregoná camarones. Lo cuar que aluego le isen á osté quer mollate estaba un poquiyo repuntao, y velay osté por qué s'agarra ar gasnate.

Esta observación de un *cañi* puro (especie de tonel con piés, casi todo el año, y *peluquero* de bestias y *chusqueles* en los momentos libres de *tajá*), esta observación, repito, es exacta de todo punto, pues los descubrimientos más ó menos prodigiosos se suceden sin interrupción, haciendo cada día más patente la veracidad del cantable que afirma que

hoy las ciencias adelantan
que es una barbaridad.

De tales adelantos participa la tauromaquia, y pruébalo la lidia de *galápagos*, *carabaos*, *galgos* y otros bichos á cual más raros, á los que designamos, Dios sabe por qué, con el pomposo nombre de *toros*.

Aparte también de la clasificación moderna de algunas suertes jamás soñadas, tales como la de *banderillas á volapié*, citada por un revistero hartó genial, y prescindiendo además de la presentación de toros *melocotones*, *berrendos en canario* y otras variedades que de poco tiempo acá se han inventado.

Un escritor norte-americano (¿y cómo no?), abogando porque los nombres de los santos que en el calendario figuran sean sustituidos por lo que (según las tradiciones) significan los tales nombres, se ha entretenido en buscar esos significados, y recientemente ha publicado sus curiosísimas observaciones, que yo (con tolerancia del autor, y con la vénia de ustedes), voy á permitirme relacionar con la actual afición tauromáquica.

Manos á la obra, y deajo la palabra al apreciable *yankee* (con perdón sea dicho).

Miguel, personifica la fuerza suprema. Rafael, la fuerza y la virtud. Gabriel, la fuerza creadora.

Nada, que, como aseguraba el *cañi*, cada día se sabe una cosa nueva, pues, según el párrafo copiado, *Litri, Guerrita y Mateito* (Miguel, Rafael y Gabriel, respectivamente), poseen dones ignorados hasta por ellos mismos. Es decir: que son tres toreros de fuerza, y que sólo uno de ellos, *Guerrita*, tiene ó posee la virtud. . . de ganar dinero como nadie, y la no menos recomendable de llevarse siempre el éxito á punta de capote.

El torero de Huelva y el diestro de Madrid, como no son virtuosos, jamás podrán emplear sus fuerzas sobre *Bartolo*, pongo por empresario.

El nombre terrestre más altivo es Jorge, dominador, subyugador de la tierra.

Aquí tienen ustedes un Jorge que deja tamañitos á todos los Jorges conocidos (entre otros Jorge el de la oreja, Jorge Juan y Jorge el armador). ¡Qué lástima que en tauromaquia no tengamos un prójimo con tal nombre!

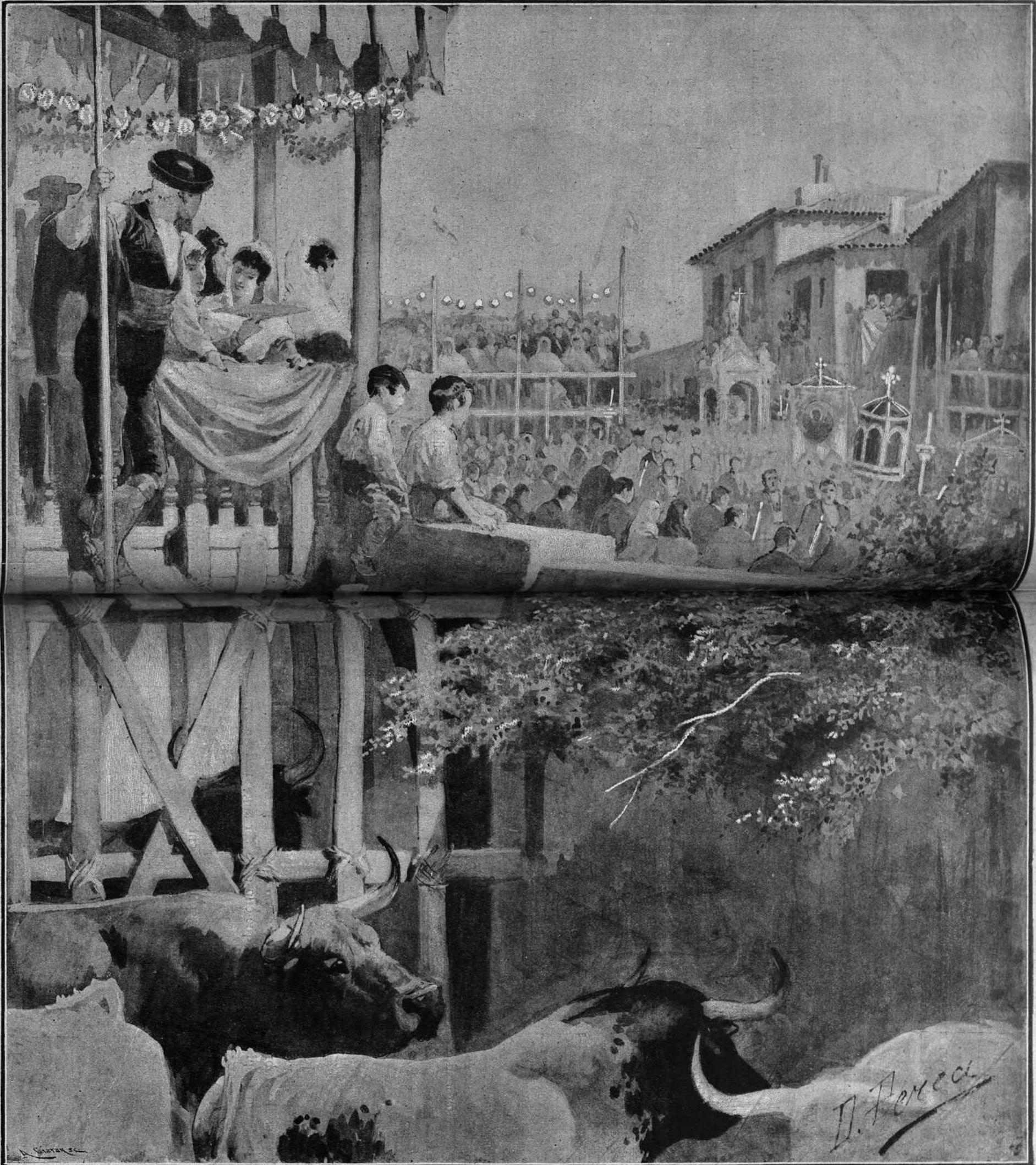
Porque el único Jorge de que yo hago memoria es Jorge Manzano, quien, allá por mis juveniles años (¡ay!), aspiraba, como yo y como otros muchos, á ser rey de la tauromaquia; pero sin duda opinó (también como yo) que no subyugaría á la tierra, ni siquiera á los toros de la ídem, y no he vuelto á saber de él.

Altivo, pues, (propiamente hablando), no tenemos Jorge alguno en la afición; mas ahí está (es decir, está en Méjico), Juan Antonio Cervera, que altivo no será, pero alto sí, y dominador de toda clase de *morlacos*, por *jorges* que sean.

Luis, equivale á aplicación, carácter emprendedor; pero á la vez, de poca fortuna.

Vamos, que el *yankee* (con perdón otra vez), no ignora que Mazzantini actúa de primer espada en la plaza madrileña, porque el parecido no puede ser más exacto.

SOL Y SOMBRA



LAS FIESTAS DEL CORPUS, por Perea.

Víctor, vencedor . . .

Menos Biencinto, cuyas reses (antes Solís, antes Salas), solas se pintan para que su amo no venza las consecuencias de la degeneración de la raza.

Maximiliano, el más grande . . .

—¡Eso es faltar!—dirá seguramente *Jumillanito* contemplando su estatura, y considerando lo poco que torea á pié, *si que también* sobre la bicicleta.

Teodoro, don de Dios . . .

Si el apellidarse Dios constituyese ciertamente un don, estarían de enhorabuena *Conejito* y *Comearroz*; pero es necesario llamarse Teodoro, y solamente conozco uno, el picador Amaré, cuyo oficio el único don que lleva consigo es el de ganarse una de trastazos que llegan al *don de Dios* . . . dió las tres voces.

Andrés, quiere decir, en griego, hombre . . .

¡Hombre! Pues lo mismo sucede en castellano, y no nos hemos quemado las cejas para averiguarlo. Y si tiene dudas el escritor *yankee* (perdón en terceras nupcias), busque á *Cigarrón*, y pregúntele en tal sentido.

Jacobo, vale tanto como seductor, el que toma el sitio de otro. Desconfiar siempre de los Jacobos.

Desconfiemos, puesto que usted lo ordena, y llamemos Jacobo al miedo que, muy amenudo, toma el sitio que destinado al valor deben poseer los toreros.

Alejandro, es nombre tan antiguo que hasta su misma significación se ignora.

Vamos, algo así como *el Medrano* (q. e. p. d.), ó *el Lechuga* (c. v. g. D. m. a.)

Felipe, quiere decir el que le gustan los caballos.

¿En puerta ó de salto? Porque en tal caso, Dios sabe los Felipes que existirán en la torería.

Bernardo, corazón de oso . . .

¡Buena la van armar los bilbainos cuando lo sepan! ¡Este Bernardo Hierro que á nadie comunica sus secretos! . . .

Antonio, en el que se apoya Dios . . .

¡Sí, sí! ¡Váyale usted con esos apoyos á *Lagartijillo* y demás Antonios taurinos, cuando tengan delante un cornúpeto que *se las trae!* . . .

Carlos, joven, muchacho . . .

Esta clasificación le hubiera convenido á Carlos Albarrán, *Buñolero*, allá por el comienzo del presente siglo; pero en la actualidad, de seguro que el veterano portero de los toriles exclama:

—¡Ay! ¡Ojalá me lo hiciesen bueno!

Enrique, propietario, opulento . . .

Como de esto se entere,
pensar no quiero
lo que opinará Enrique
Santos, *Tortero*.

De otros muchos nombres hace la clasificación el autor norte-americano; pero nada dice respecto á los que usufructuamos el nombre de Angel, quizá por no ofender nuestra modestia.

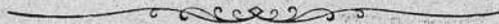
Sin embargo, yo tengo el presentimiento de que ello debe ser algo nada conveniente, por ejemplo:

Angel, lo pesado, lo insulso . . .

En cuyo caso, tendré que decir, descubriéndome respetuosamente:

—¡Servidor!

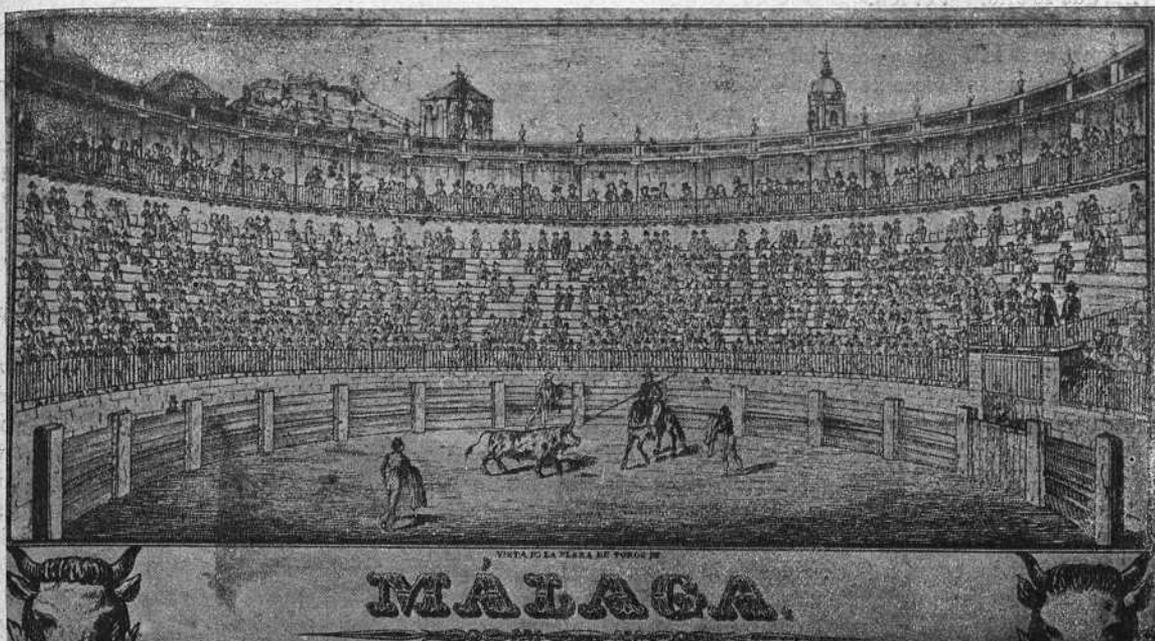
ANGEL CAAMAÑO.



MEMORIAS DEL TIEMPO VIEJO



La plaza de toros antigua.—Toros de respeto y picadores con *jindama*.—Un sobrino de su tío.—Petición y negativa.—Cómo se hacían las revistas.—La corrida.—Porrazos y heridas.—Fracaso de una ganadería célebre.—Empresa en el delirio.—Rebaja y aviso al público.—*Tutti escamati*.—La anttesis es Concha y Sierra.—Redondo, matador y banderillero.—Público contento.



Vista interior de la antigua plaza de toros de Málaga, propiedad de D. Antonio María Alvarez, según copia del cartel de las tres corridas de estreno en 14, 15 y 16 de Agosto de 1840, y en las que tomaron parte el famoso Francisco Montes, José Parra y de medio espada, Juan Martínez (*el Ratón*).



Con la llegada de los toros del canónigo de la metropolitana de Sevilla, D. Diego Hidalgo Barquero, y los del no menos reputado criador de reses bravas D. Joaquín Concha y Sierra, éstos para lidiarse por vez primera en Málaga, estaban los aficionados que materialmente se les hacía la boca agua. La plaza de toros antigua (que hace treinta y tres años fué derribada), era el punto de reunión de los entendidos y adictos, y en su redondel, así como en el edificio contiguo, aún existente, denominado entonces como ahora *Los Baños de las Delicias*, se formaban corros donde se discutía de las próximas fiestas. Y motivo sobrado había para que la afición demostrase tanto interés; Redondo, el jefe de la cuadrilla, era el niño mimado de los públicos, su nombre garantía del éxito y esperábase, fundadamente de él, que enloquecería al público en las dos tardes de 30 de Julio y 6 de Agosto de 1848.

Los picadores de Redondo habían ido á ver los toros á los prados de Trévenas; examinaron detenidamente las reses de Hidalgo Barquero, y convencidos de que aquellas moles de carnes y formidables cabezas habían de darles que hacer, presentáronse á la prueba de caballos con ánimo deliberado de desechar todos los que no tuviesen alzada, boca y poder suficientes para el servicio. En vano pugnaba con ellos el dueño de la plaza, D. Antonio María Alvarez, haciéndoles comprender que los caballos que había en las cuádras reunían los requisitos necesarios para aplicarlos á la lidia; firme que firmé y erre que erre, negábanse aquéllos á admitirlos todos, y esta divergencia de pareceres dió margen á que Alvarez se quejase al espada Redondo del perjuicio que se le hacía.

Entonces, que eran distintas á hoy las costumbres y que el toreo se tomaba con mayor seriedad en todo, no faltaban á la prueba de caballos los espadas, siendo este acto motivo de amparo y defensa de los picadores; cualquiera dificultad era discutida con razones, y no había poder humano que hiciera desistir á los toreros de una pretensión justa, pues tratábase de algo tan serio como jugarse la vida.

Redondo, queriendo ser conciliador, propuso á los picadores no fuesen demasiado exigentes; pero éstos, que tenían formada su opinión de los toros, se negaron á admitir todos los caballos, aduciendo que iba á encerrarse una corrida de mucho respeto y poderío.

—Señó José, le decían, que cáa toro tiene 400 carniceras y nuestros pellejos no queremos que sirvan pá encerrá aceite.

No hubo más remedio que transigir y darles gusto, y la empresa tuvo que arrimar más caballos que reuniesen las condiciones apetecibles. Por este lado ya se había resuelto la dificultad, pero quedaba otra.

Siendo los toros para la segunda corrida los de D. Joaquín Concha y Sierra, pareció á Alvarez que cuadraba mejor á su interés alterar el orden de las funciones, creyendo que para la primera tarde sería mayor atractivo el estremo de tal ganadería en Málaga; á tal objeto celebró una entrevista con el sobrino del canónigo Barquero, hombre que aunque afiliado al ramo eclesiástico—como lo denunciaba su coronilla—parecía por su aspecto montaraz más apropósito para el ejercicio campestre, demostrando sus aptitudes para ello su traje de labriego andaluz, su calañés carmonero y la soltura con que iba sobre el caballo de vacas dando voces á los toros y cabestros, y sirviéndose de la larga garrocha de acoso y derribo. Aquel cura, indudablemente, tenía más arte para manejar la manta que la casulla y el cingulo.

—D. Antonio, me pide V. un imposible y no puedo complacerlo, díjole el cura á Alvarez. *Mis toros* han venido á lidiarse la primera tarde; así está convenido en este contrato—y le mostraba el papel—y antes prefiero regresar á Sevilla que se altere el orden.

—Pero oiga V.—contéstole Alvarez,—¿qué pierde con esa traslación de día? Concha y Sierra es una novedad y esto me asegura más la entrada del público.

—*Mis toros* no son plato de segunda mesa, D. Antonio; tengo mucha confianza en ellos, sé lo que traigo y por delante de los otros se corren, ó me los llevo.

No se convenció el cura-conocedor y Alvarez no quiso insistir más.

Llegó la vispera de la corrida y con ella la noche del encierro, noche de cantares y rasgueo de guitarra en que lucían los aficionados de entonces sus dotes de cantaores imitando el estilo de los *Fillos* y *Planetas*; noche en que se hacían *porco* las manos aplaudiendo la *soleá* y el *polo*; el vino de *color* y el *seco* daban calor y tono andaluz á la fiesta, y en casa de *Perico la Estrella*, cerquita de la plaza de toros, se armaba un *fandangazo* que hasta allí la alegría, la gracia y la buena voluntad para divertirse.

De pronto se oyó el *alambre* como débil rum-rum, luego más cerca, y en arranque brioso al fin aparecieron por la Perinola del paredón del Guadalmedina toros y cabestros, ginetes y peones.

Delante el *trahilla*, cabestro amaestrado como batidor que marcaba el camino; detrás el grupo del *conocedor* á caballo, con garrocha descansando su promedio sobre la sangría del brazo derecho; á cada lado los *bueyes* llamados de estribo y detrás el *buey de cola*, grupo preciosísimo que singularizaba la maestría del *conocedor* para enseñarlos y que le obedeciesen á la voz si se *despegaba* alguno de los tres *cabestros*. Después, y levantando inmensa nube de polvo la *tropa* de bueyes, todos con pañideros *cencerros*, que *arropaban* los seis toros que, empujándose unos á otros, iban con las cabezas en alto. Vaqueros crugiendo las *hondas* de trenzadas fibras de pita y dos ó más ginetes hundiendo la fuerte espuela *vaquera* en los ijares de sus cabalgaduras, cerraban la conducción del *encierro*, y al entrar éste por la puerta de los corrales, á espaldas de la cárcel. Ramón, el fierabrás espanta-chiquillos á quien Alvarez tenía confiada la conserjería de la plaza, cerraba el corral y empezaba el remolino de bueyes y toros, las embestidas de unos á otros, los bufidos y algún lamentoso *berreo* como signo de que algún puntazo había rasgado la piel de fiero rumiante.

En aquella confusión oyóse un angustiado ¡abre la puerta! acompañado de una imprecación horrorosa.

¿Qué había pasado?

Que el cura, sobrino de Hidalgo Barquero, no podía escapar por haber cerrado Ramón la puerta de salida al corral inmediato, y el pobre hombre veíase sin refugio posible en aquel sitio y temiendo á cada segundo que en el revuelto desasosiego del ganado algún toro hiciese tiro sobre él y le *campanease* á sabor de fiera.

Los aficionados que estaban en los toriles, y entre ellos mi amigo D. Antonio Buendía, hombre de chiste y de buen humor siempre, oyeron aquella blasfemia, y un—*¡Calla, boca sacrilegal!*—fué la oportuna corrección de D. Antonio á aquel sacerdote tan medroso como injurioso con Dios.

Ramón al fin abrió la puerta, y con aquellas *tripitas* que le singularizaban como hombre de malos sentimientos, dióle sonriéndose algunas excusas, que dichas con la brusquedad acostumbrada en él más bien parecían íntima satisfacción del mal causado, *quizá* voluntariamente.

Qué ocurrió en la corrida y cuál fué el comportamiento de toros y toreros, lo explica el folletinista del antiguo *Avisador Malagueño*. Entonces no se conocían los *críticos* ni *revisteros*, como hoy se dice, y la relación de los sucesos ocurridos en la fiesta taurina no pasaba de ser un alarde de erudición prestada, puesto que el escritor tenía que ceñirse al *buen apunte* de un aficionado de nota, que provisto del *estado* con sus correspondientes casillas en que constaban de su puño y letra el día de la corrida, mes y año, ganadero, divisa, hierro, nombres y pelos de los toros, por orden de salida, varas, cahallos muertos y heridos, y á continuación las banderillas, dejando un mayor espacio dedicado á observaciones, donde hacía el apuntamiento respectivo al matador, sus pases y estocadas, con abreviaturas de cualquier incidente digno de mención. Por último, una idea general de la corrida como resultado feliz ó adverso, contándose en esta ligerísima opinión la cifra de caballos muertos y heridos, daba por hecha una obra en que el acierto y la sinceridad obraban de consuno. Los toques para matizar la reseña, el dicho agudo y el retruécano quedaban en la mente del *estadista*, que largo y de viva voz los prestaba al folletinista para que éste censurase ó aplaudiese los actos ocurridos. En estas condiciones, y sobrado de tiempo, podía el aficionado subsanar cualquier error, pues cuando menos disponía de cuarenta y ocho horas para leer sus apuntes á distintos inteligentes, así como consultarlos con los diestros mismos, más humildes y respetuosos que los de ahora, que con cinismo sobrado se revelan ante la crítica, defendiéndose de ésta con el dicho de que toda la culpa es de los *criadores de bueyes*.

Nada menos que 46 grados al sol marcaba el termómetro; pero aun con ser tantos, cuentan las crónicas que había un lleno de plaza, y un mar de grados de impaciencia porque comenzara el festejo, ya que también *á priori* se hablaba de él, puesto que del dominio público era la circulante especie de que se había encerrado una corrida de toros que iban á poner á prueba los puños y las costillas de los afamados Juan Gallardo, Lorenzo Sánchez, Francisco Atalaya y Manuel Ceballos.

Por fin dieron las cuatro, y tras el paseo de la cuadrilla, pedida la llave del toril y silba en *ré mayor* á la perso-

nalidad alguacilesca de García, que iba de frac y copa alta negros, zarandeado el cuerpo y en equilibrio milagroso sobre mal *babieca*, dióse libertad al primer cornudo, *Morito* de nombre, negro con bragas y de imponente cabeza, pero *tóo era fachá*.

Esquivando la pica tomó nada más que seis, contentándose con dos buenos batacazos á Gallardo y Montañés y herir tres caballos, aparte de aceptar varios lances de capa con gran salero que le dió á guisa de entretenimiento y favor el célebre José Redondo; lucieronse con banderillas la primera pareja, y el famoso *Chiclanero* puso cátedra dejando á sus piés á *Morito* de una buena recibiendo por contera de *tres solos pases* y naturales. Entonces no se *pasaba* tiempo ni se ponían estocadas *monumentales*, sino que lo bueno era buenó, lo regular, regular, y lo malo, malo; sin más aderezos ni frases de relumbrón para formar secta de *chiflados*, como ahora, cuyo número hará posible la apertura de nuevos manicomios.

El segundo toro, á quien llamaron *Jaquetón*, entonces no hizo papel, pero lo haría ahora que se califica de toro bravo, superior, al que toma cuatro ó cinco varas, aunque emplee las pezuñas al despedirse de la suerte. No le valió á aquel *Jaquetón* tomar las tres varas seguidas, ni por derecho la cuarta, pues gastando el tiempo en hacer surcos en la tierra, mover la cabeza y echar babas, le andaban los picadores á la *cara*, y él, *nanay*. Fuego! fuego! y la inquisición fué con él, echando chispas, bombas y *crugtos* sobre aquel animalito que tan suciamente dejaba su casta. Así se hacía entonces, sin contemplaciones, sin tapar lo malo, y el toro que no era codicioso á la puya, ni la Bula de Meco lo salvaba; porque de entonces ahora, la vergüenza torera ha dado un salto mortal, que me río yo de estos espadas y picadores y banderilleros que piden propinas por haber salvado—¡¡pásmense ustedes, *cabayeros!*!— el HONOR de una ganadería. ¡Mala peste de *artistas!* Lo cierto fué, que bailó el *zorongo* el rumiante con cuatro pares que le pusieron, y aprisa tomó las tablas, donde comenzó á defenderse como un condenado. Manuel Díaz, *el Labi*, aquel gitano que hablaba con los toros, aunque jamás obtuvo *rimpuesta*, pasó las del *tío Juan Pampano* con aquel reo de cuidado. Rodó el pobre una vez. se encolerizó, y al fin, con cinco estocadas, una de ellas en el brazuelo derecho, y cinco descabellos, pudo descansar y refrescarse, que el caso había sido duro y de prueba.

Salió *Escapulario*, berrendo en negro, de los de la buena raza de la ganadería, y no hizo milagros, sino que se concretó á echar flato por las narices, y recibir 10 varas, hiriendo cinco caballos, dando buenos porrazos á los picadores, y poner fuera de combate á Gallardo, que pasó á la enfermería con una cornada en el brazo derecho y desencajada la muñeca izquierda. Y lo que son las cosas, según el tiempo, aquel toro hoy sería un *finomeno*, y entonces fué una cosa *rigular*. A Redondo le puso puntería, y al saltar el *olivo*, le hizo pedazos la taleguilla y un *arañazo* (textual), y maldito si *temblaron las esferas*. Cargaron de leña á *Escapulario*, y á la muerte llegó con seis pares. El cuñado de Redondo, alegre y simpático banderillero que con sus desplantes en los cuarteos ganaba puesto entre las primeras figuras, se ofreció esta tarde de matador tercero, ya que Redondo le iba empujando para sacar partido de él, que malogró luego una cornada que le retrotrajo á su puesto antiguo. Nicolás Baró, que á él aludo, dió *tres pases* y un pinchazo, echándolo á rodar de una buena aunque algo baja, caída, que decimos ahora los didácticos.

Y salió *Monterilla*, castaño, asardao, más blando que el merengue, y bravucón por apéndice, pero con poder. Al Montañés le dió un porrazo en la cabeza que le tuvieron que llevar á la enfermería, y á Atalaya otro en el pecho, inutilizándole para el resto de la función.

Me parece que en cinco varas no pudo tal bicho hacer menos desavío, hiriendo además dos caballos. Al fin le adornaron con cuatro pares de banderillas, de aquellos de papel picado, en forma abombada, y Redondo lo despachó de uno en hueso y dos estocadas.

Para la lidia de *Tigrerito* no hubo en plaza sino dos picadores; llevó cinco varas, y al entrársele suelto á Lorenzo, quiso salvarse éste cogiéndose al filo de la barrera; dos caballos fenecieron, y con tres pares de banderillas pasó el toro á entendedérselas con el *señó Labi*, aquel que decía filosofando que *Dió era un ser grandable y esenificante*. Del *aperreo* anterior se desquitó el gaditano dando cinco pases, un buen pinchazo y una buena de verdad por la parte más superior de la cruz; es decir, en las *péndolas*.

Pues el público se iba ya hartando de toros, en vista de que no mataban al Presidente, ni se caía la plaza, y salió el sexto, *Grajito*, cárdeno: el animal parecía una cosa y resultó otra, pues que creciéndose en varas recibió hasta 12, se quedó sin picadores la plaza, el público halló ocasión de demostrar su barbarie arrancando tablas del tendedo y arrojando al ruedo algunos palos, y si se apaciguó el tumulto fué porque volvieron á salir los picadores, y con ellos el pobre Montañés, que nada hizo sino pasear la plaza, quedando como trofeo del toro cuatro caballos muertos. Pero el toro se había hecho un tunante, y después de cuatro pares de banderillas, lo *quiso* matar el *señó Baró*, propinándole cuatro estocadas; pero se iba á *quedar con él*, y el *Ratón*, hombre de buenos sentimientos y maestro en el arte, cogió un estoque y desde la barrera atizó un metisaca, y allí acabó la fiesta.

Aquella noche D. Antonio María Álvarez decía al sobrino de Barquero:—Me ha hecho V. perder el dinero con su cabezonada y para la corrida próxima tendré la plaza vacía.—Más he perdido yo, le arguyó el otro, pues que *mís toros*, los primeros de España, han venido á esta tierra á perder su nombradía.

Nada significaba que en el corral de caballos hubiera 14 de éstos muertos y uno herido; la corrida no podía ser calificada de mala en absoluto, pero tampoco de buena, porque los toros (así se apreciaba entonces) no tomaron muchas varas matando más caballos. Tardaban en arrancar, y los picadores salían á los medios, confiados en tan buenos peones como llevaba Redondo y en la seguridad con que éste hacía los quites.

Álvarez dió una satisfacción al público (y aprendan esto las modernas empresas), manifestando que los toros le habían costado á 3.000 reales cada uno, escogidos por su dueño á satisfacción y extendiendo las bases del convenio; y que para indemnizar á los aficionados de una falta no imputable al dueño y empresario de la plaza, bajaba á *ocho reales la entrada de Sombra y cuatro la de Sol* para la corrida próxima del 6 de Agosto, en que por las mismas cuadrillas se lidiarian seis toros de Concha y Sierra que le costaban 21.000 reales, ó sea á 3.500 cada uno. Aparte de esto, el público podría cerciorarse asistiendo á la prueba de caballos la víspera del día citado, de que á presencia de la autoridad se aprobarían 25 caballos.

Escamados los malagueños, ni con la rebaja se llenó de espectadores la plaza en la siguiente corrida, resultando una verdadera corazonada, pues que acertó Alvarez en cuanto al ganado, y ya que no resarcimientos, al menos hizo tan gran cartel á Concha y Sierra, que desde la tarde del 6 de Agosto de 1848 quedó aprobada su ganadería para los años sucesivos.

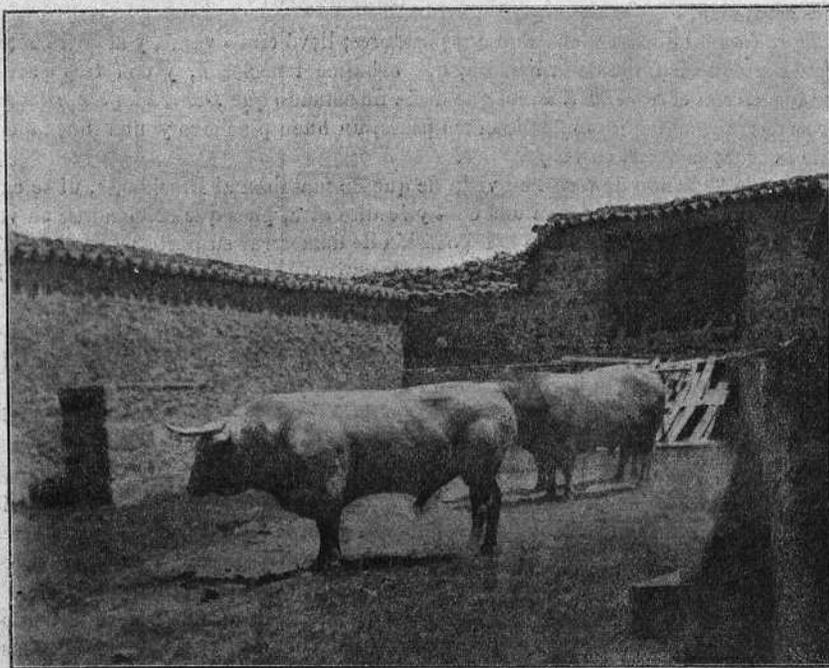
Diez y ocho caballos pusieron fuera de combate los toros *Cara sucia*, *Jardinero*, *Tonto*, *Vinagre*, *Hermosillo* y *Moruno*, berrendos el primero y sexto; sardo el segundo; negros azabaches el tercero y cuarto, y castaño el quinto, recibiendo por este orden 6, 15, 20, 17, 16 y 13 varas cada uno de los citados, siendo notabilísimo el 4.º, *Vinagre*, que á su gran bravura unió su agilidad en los arranques y su poderío, matando con singular codicia y acierto siete caballos y apeando á los picadores ocho veces. Así eran de bravos los toros entonces y de éstos para arriba, y así gozaba el público, y el picador podía llamarse tal y el matador decir á boca llena.—He matado toros que eran sierras de carne y el dinero y las palmas los he ganado sudando, exponiéndome y conquistando la admiración verdad de los inteligentes.

Una corrida así se calificó de buena, y si á los toros se añade el excelente comportamiento de la cuadrilla, compuesta de peones de *primissimo cartello*, entre los que se destacaban los maestros *Capita* y el *Ratón*, y la destreza, gracia y arte del invencible Redondo, que tras matar muy bien los toros primero y cuarto, banderilleó voluntariamente el quinto con ¡¡OCHO PARES!! (que no se olvide, señores aficionados de hoy, que os extasiais porque el Guerra pone dos) á topa carnero, al cuarteo y media vuelta, se tendrá idea de lo que significaba en aquellos tiempos una buena corrida de toros. Es más, el *Labi*, que siempre y como espada de segunda fila fué un diestro desigual, cuando no apayasado con sus desplantes gitanos, mató recibiendo y á volapié su primer toro; y Nicolás Baró, que quería ser y abrirse camino practicando lo bueno también, dió una inmejorable recibiendo al tercer toro; y aunque ni este diestro ni el *Labi* estuviesen lucidos en la parte segunda confiada á su desempeño, fué más fácil al éxito Nicolás que no el otro, al menos en la colocación de las estocadas con que borró la mala impresión del toro sexto de la corrida anterior.

P. P. T.

Málaga y Junio de 1897.

BAEZA (Jaén).—Toros de D. Joaquín Pérez de la Concha,
lidiados el 18 de Mayo último.



(Instantánea remitida por D. Domingo López Muñoz, expresamente para SOL Y SOMBRA.)



stafeta taurina



Nuestro querido compañero D. Aurelio Ramírez Bernal (P. P. T.) nos remite desde Málaga el siguiente comunicado:

«Sr. Director de SOL Y SOMBRA.—Muy distinguido señor mío: No habiendo hecho *La Lidia* la rectificación que tan atenta como correctamente le he exigido en carta fecha 6 del actual, ruego á V. la inserción de estas líneas.

Es inexacto que mi artículo titulado *Una gracia de Curro Cúchares* se haya escrito y enviado á la Dirección del citado semanario con fecha **24 de Mayo**. El indicado trabajo, cuyo mayor interés estribaba en reproducir por la litografía el lance cómico á que hace referencia el artículo, lo hice el año anterior y lleva fecha de Octubre. Ignoro por qué no se publicó entonces y por qué al cabo de OCHO MESES se le varia la fecha.

Esa aclaración esperaba del Sr. Director de *La Lidia*, y al no verla aparecer oportunamente, juzgo muy del caso que, como redactor de SOL Y SOMBRA, debo hacer la debida protesta á fin de que no se formen equivocados conceptos.

De V. afectísimo seguro servidor, P. P. T.»

Nuestro querido é ilustrado colega *Nuevo Mundo* ha tenido la galantería de reproducir en su número correspondiente al 10 del actual, en la plana dedicada á la corrida de Beneficencia celebrada el día 3, una fotografía instantánea que publicamos en el número 2.º de SOL Y SOMBRA, y que representa al diestro *Guerrita* entrando á matar al primer toro que le correspondió en la segunda corrida de abono, que se celebró el 22 de Abril último, como pueden ver nuestros lectores en la pág. 10 del indicado número de este semanario.

Agradecemos mucho la distinción con que nos honra *Nuevo Mundo*, lamentando que, indudablemente por un descuido disculpable, se haya olvidado de indicar al pié la procedencia del grabado, consignando, por error involuntario, una escena auténtica de la segunda corrida de abono, como ocurrida en la de Beneficencia.

El 29 de este mes se lidiarán en Alicante seis toros del Excmo. Sr. Marqués de Cúllar de Baza, vecino de Ubeda, por las cuadrillas de Guerra y *Villita*. Tenemos noticias fidedignas de que el tan entendido como escrupuloso ganadero, ha elegido toros de magnífica estampa y tiente y de cinco años cumplidos, siendo sus pelos: dos negros, uno berrendo en cárdeno alunarado, dos berren-

dos en negro y uno jabonero sucio. De los seis tienen cuatro tiente superior y dos buenos, todos están gordísimos y perfectamente armados.

Celebraremos que el ganadero obtenga cartel en la plaza de Alicante.

En Medina de Rioseco se lidiarán el 24, festividad de San Juan, seis toros de Carreros por Reverte y *Murcia*; éste matará los dos últimos.

Nada hay acordado en Málaga para festejos en Agosto, y de romper con esta tradición, es muy posible que no se den las famosas corridas que tantos forasteros llevaban á aquella hermosa ciudad.

Para fin de este mes se pondrá á la venta en Málaga el nuevo *Reglamento taurino* aprobado por el Gobernador D. Antonio Cánovas Vallejo. Consta de 64 páginas, lleva una preciosa cubierta litografiada, y al final un bonito dibujo que representa la *Plaza de Toros de Málaga*, con la distribución y número de localidades generales y de preferencia, acordadas para el estreno de la misma en 1876, llevando además un curiosísimo apunte histórico acerca de las cuatro corridas de inauguración y del coste que tuvieron dichas funciones, con otras noticias del mayor interés para los aficionados.

El autor de este trabajo es el conocido inteligente que se firma P. P. T., y con dicha firma basta para que se comprenda el interés histórico que encierran dichos apuntes.

En las corridas que se celebrarán en la plaza de Santander con reses de Veragua, Concha y Sierra y Castellones, los días 25 y 26 de Julio y 1.º de Agosto próximos, actuarán como matadores los diestros Mazzantini y Reverte.

Según leemos en nuestro apreciado colega *El Mediterráneo*, de Cartagena, parece ser que la empresa que ha tomado á su cargo las corridas de feria en Murcia, tiene ya contratados á los espadas Mazzantini, Reverte y Fuentes, para que tomen parte en dichas corridas.

Respecto al ganado, es casi seguro que una de las corridas será del Marqués del Saltillo.

Según dice *El Porvenir* de Sevilla, el estado del diestro *Jerezano*, es, por desgracia, más grave de lo que se había creído.

Anteayer llegó á Jerez, donde fué reconocido y curado por los doctores Sres. Terán, Blanco (D. Salvador) y Ortega, los cuales practicaron una detenida consulta, manifestando éstos que la herida que el referido diestro sufrió en La Unión el 27 del mes próximo pasado, efectivamente es de siete á ocho centímetros de extensión y mucho más de profundidad, presentando infinidad de senes, de donde mana abundante supuración saniosa, y no del mejor carácter, hallándose también los labios de la herida separados, dando lugar á la hernia de uno de los principales músculos del muslo.

El estado general deja también mucho que desear, pues además de hallarse sumamente débil y las vías gástricas en malas condiciones, se encuentra también febril, por todo lo cual lo consideran más grave que lo que hasta ahora ha dicho la prensa.

Celebraremos que tan modesto espada recobre por completo la salud y pueda nuevamente dedicarse á sus faenas, con las que tantos aplausos ha conquistado.

El domingo 20 del actual se celebrará en la plaza de toros de Aranjuez un gran festival á beneficio de la *Asociación General de Empleados de los Ferrocarriles de España*, cuyo programa es el siguiente:

1.º Carrousell y carreras de cintas, por distinguidos ciclistas.

2.º Lidia de dos becerros, que serán estoqueados por los aficionados D. José M. Matheos y D. Antonio Casas.

Y 3.º Dos toros de la ganadería de D. Ildefonso Gómez, que serán muertos por el valiente espada Cándido Martínez (*Mancheguito*).

La Compañía de los ferrocarriles de Madrid á Zaragoza y á Alicante ha establecido trenes especiales con billetes de ida y vuelta, al precio de 2 pesetas en segunda clase y 1 peseta en tercera.

En vista de tan ameno y variado programa, auguramos un éxito á la Comisión organizadora de tan notable festival.

En la plaza de Dijón (Francia), torcará reses de Benjumea el valiente espada Enrique Vargas (*Minuto*), alternando con el célebre matador francés Félix Robert, los días 11, 15 y 18 de Julio próximo.

Hemos recibido la visita, que gustosos devolvemos, del nuevo semanario ilustrado *La Tienta*, que muy bien presentado apareció en Barcelona el 6 del actual.

Bienvenido, colega, y muchas prosperidades.

En la corrida de novillos celebrada en la plaza de Valencia el día 13 del actual, el valiente matador Angel García Padilla, al salir de un quite en el primer toro, tropezó con un picador que tenía á sus espaldas, sin haberse fijado en él, y fué cogido aparatosamente, resultando con una cornada de 15 centímetros en la parte posterior del muslo.

También el simpático espada Carlos Gasch (*Finito*), al sacar el estoque al quinto toro para que le rematase el puntillero, tuvo la desgracia de que, levantándose la res y arrancándose como un rayo, lo enganchara, infiriéndole una herida en el cuello, otra en una clavícula y un fuerte varetazo en el pecho.—*El Corresponsal*, Luis.

Según las últimas noticias recibidas, el diestro Angel García Padilla continúa mejor, dentro de la gravedad de su estado, por efecto de la cogida á que se refiere la anterior reseña.

Desgraciadamente no podemos decir lo mismo respecto al infortunado *Finito*, que se encuentra peor á causa del tremendo varetazo que sufrió en el pecho.

Vivamente deseamos que tan valientes muchachos se restablezcan pronto por completo.

El bravo matador de toros Emilio Torres (*Bombita*), se encuentra muy mejorado de su dolencia.

Lo celebramos.

Dominguín y *Valenciano* matarán el día 20 del actual, en la plaza de Sevilla, toros de Palhas.

SOL Y SOMBRA

SEMANARIO TAURINO ILUSTRADO

Dirección y Administración: Santa Isabel, 40, Madrid.

SOL Y SOMBRA se publica todos los jueves.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid y provincias: Trimestre, 2'50 pesetas.—Ultramar y extranjero: Semestre, 9 pesetas.

PRECIO DE VENTA

Número corriente, 20 céntimos.—Idem atrasado, 30.

PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN

Administración de este semanario y Librería Internacional de los Sres. Romo y Füssel, Alcalá, 5.
Las suscripciones empezarán siempre en el primer número de cada mes. — **Pago adelantado.**